

América en los libros

El legado indígena. De cómo los indios americanos transformaron el mundo, Jack Weatherford, Traducción de Roberto Palet, Editorial Andrés Bello, Barcelona, 2000, 312 pp.

Acerca de las culturas indígenas de América poseemos indicaciones muy precisas. La pluralidad de sus niveles, códigos y áreas de influencia, analizable en varias formas, ha sido observada escrupulosamente por los antropólogos, casi siempre confiados en que el trabajo científico les servirá de guía y les mostrará un camino alejado de prejuicios y estereotipos. En última instancia, olvidados ya del ingrediente etnográfico, también cruzan la misma senda aventureros transgresores que despistan la búsqueda con falsos señuelos (mitología ecologista, trascendentalismo teosófico). Establecer el alcance que la doctrina de estos últimos pueda tener en la opinión popular sobre los pueblos indígenas constituiría una tarea compleja, pues los medios masivos se ciñen con frecuencia al carácter compacto de sus figuraciones, fruto quizá de una lectura poco cuidadosa de la bibliografía estructuralista. Con todo, estas consideraciones explican hasta cierto punto el esquema conductor de libros como el de Jack Weatherford, cuyo fin

último parece ser el hallazgo de una serie de rasgos invariantes –una matriz de significaciones– que tiñan de afinidad el corte de todos los pueblos de América.

El objeto de *El legado indígena* es mostrar de qué modo las culturas indígenas han desempeñado un papel decisivo en el progreso de la sociedad moderna, tanto en el orden político como en el económico. En suma, lo propio del libro de Weatherford es la recurrencia de elogios hacia un modelo indígena simplificado, en el que las etnias vienen a ser dimensiones de una estructura permanente, situada sin duda en un nivel muy benéfico. Desde ese punto de vista hay, por lo tanto, un mito de referencia: el mito eurocentrista que considera a los pueblos precolombinos en su totalidad, sin disonancias ni ambigüedades –esto es, sin multiplicidad– en su fondo cultural.

En buena medida, el análisis de Weatherford reitera lecciones ya conocidas. Parece obvio señalar que entre los indios de América se dieron muestras de admirable refinamiento cultural. Ahora bien, si el etnólogo declina su responsabilidad científica, y en sus páginas aparece una especial identificación con el indigenismo menos moderado, acaba imponiéndose en el discurso

un tono de crónica impresionista y, en consecuencia, carente de rigor.

Acaso todo lo anterior se resuma en varias conclusiones, sin duda objetables. Así, podría destacarse entre otras la siguiente nota: «Ante la consternación de los burócratas contemporáneos y la sorpresa de los observadores del Viejo Mundo, las sociedades indígenas funcionaron sin liderazgos fuertes ni instituciones políticas coercitivas». En el mismo recuento podemos leer que «la democracia igualitaria y la libertad, tal como las conocemos, deben muy poco a Europa. No constituyen una derivación grecorromana revivida de algún modo en el siglo XVIII por los franceses, sino que se incorporaron en el pensamiento occidental moderno como nociones indoamericanas traducidas a la cultura y la lengua europeas».

Otra muestra: a juicio de Weatherford, los indígenas americanos «fueron los mayores fitogenetistas del mundo» y desde su base de manipulación «se han desarrollado las modernas ciencias genética y fitogenética». En contraste, el autor sentencia que «mientras los indoamericanos gastaron milenios en convertirse en los mejores campesinos y farmacéuticos del mundo, los habitantes del Viejo Mundo gastaron un periodo similar amasando el mayor arsenal del planeta».

No faltan, por lo tanto, razones de peso para discutir las conclusiones de este libro, un texto irregular, aza-

roso, en el que convergen los datos académicos acerca de la América precolombina, la confesión íntima y una suma de trivialidades que acaba desluciendo las buenas intenciones del proyecto.

La mirada de Dios. Estudio sobre la cultura del sufrimiento, *Fernando Escalante Gonzalbo, Paidós, Barcelona, 2000, 351 pp.*

A Fernando Escalante, profesor e investigador en el Centro de Estudios Internacionales del Colegio de México, debemos un conjunto de libros que contribuyen al bagaje teórico de la política y las ciencias sociales desde una perspectiva crítica y multidisciplinaria. Sus textos, ajenos a simplificaciones, guiños equívocos o fórmulas de impronta periodística, indican bastante del cuidado intelectual con que el ensayista los diseña, y vienen a demostrar, por un lado, su adopción de encuadres poco usuales ante lo social, y por otro, una encomiable disposición divulgativa.

En la obra que comentamos, Escalante acomete en primer lugar una reflexión histórica sobre el dolor, de la que concluye que hay dos modos básicos de explicar el sufrimiento: «Un modo *trágico*, que consiste en suponer que el infortu-

nio resulta de la caprichosa voluntad de los dioses o el destino y que no hay más justicia ni otra explicación posible, y un modo *mesiánico*, que implica que todo dolor es un castigo o un medio de purificación, un mérito; es decir: que hay un *orden moral* del mundo, donde el sufrimiento es inseparable de la justicia, según la concibe una inteligencia humana». Continúa el autor aduciendo que la cultura del sufrimiento en Occidente es, por su raíz cristiana, de inclinación mesiánica. No obstante, el proceso de la civilización y la decadencia del pensamiento religioso han hecho surgir el sufrimiento como problema.

Desde un primer momento las cosas quedan bien claras. Escalante sostiene que nuestra cultura del sufrimiento es el producto de una sedimentación de significados que proceden de diversas fuentes y de los cuales disponemos cuando ello es preciso. Dicha cultura «incluye fragmentos del pensamiento de Rousseau, desde luego, y fragmentos de la teología protestante, fragmentos del ideal romántico, fragmentos de argumentación estoica, de ambiciones ilustradas, prejuicios científicos, filtrado todo ello –macerado– mediante los periódicos, las novelas populares, los refranes y las tonadillas, la retórica de los políticos..., con lo cual cobra forma un lenguaje amplio, incoherente a veces, heterogéneo, que podemos utilizar en cualquier oca-

sión para hacer inteligible nuestra experiencia».

La profundidad del estudio histórico y sociopolítico que trasluce en el recuento se nos revela ya, en sentido amplio, como un esfuerzo por dibujar las líneas de fuerza del dolor. Atendiendo a este contexto, las exigencias de Escalante adquieren mayor rigor si tenemos en cuenta los jalones (las vías de acceso) de su línea de argumentación. En primer lugar, se refiere al sentido cristiano del dolor, y unas páginas más adelante, introduce notas de pensamiento ilustrado, donde se advierte cómo el pecado original, despojado de trascendencia, empieza a circunscribirse a la sociedad. Con el terremoto lisboeta de 1755 aumenta la ansiedad por la injusticia del padecimiento, y es entonces cuando Voltaire notifica esta nueva perspectiva en su *Poema sobre el desastre de Lisboa*.

A diferencia de la Ilustración, el romanticismo se sitúa frente al sufrimiento con el afán de transfigurarlos. En los proyectos revolucionarios, quien ocupa el lugar de Job es el pueblo: atormentado injustamente, pide por ello una reparación. Pero aún hay otros modos de acceder a ese mismo concepto. En 1906, cuando William James mira el terremoto de San Francisco, no se conmueve ni desea conmover: el desastre puede ser tomado como un dato sin repercusión moral o religiosa. En fecha próxima, un dandismo

esteticista y sádico persigue una retórica embellecedora del horror. Y ya en los límites del entramado, Dostoievski plantea su pregunta culminante en esa crónica de la justicia humana que llamó *Los hermanos Karamazov*.

Fuera de la solidez del compendio, otras líneas de interés podemos hallar en esta obra; líneas que aspiran a contestar de forma sistemática e interpretativa la secuencia dolorosa, tal como se va articulando en la historia y también, con otro enfoque, en su zona inefable.

Missa pedestris, Mario Merlino, *Verbum*, Madrid, 2000, 66 pp.

Nacido en Coronel Pringles (Argentina) en 1948, Mario Merlino enseñó literatura medieval española en la Universidad del Sur (Bahía Blanca). Ha publicado, entre otros títulos, *El medievo cristiano*, *Cómo jugar y divertirse con palabras* y *Diccionario privado de Salvador Dalí*. A la vez que traductor, Merlino es un notable prosista y poeta que cultiva una sensibilidad vibrante a expensas de la técnica justa. Entre los ejemplos de esta sugestión literaria, su bibliografía personal contiene piezas teatrales, relatos, artículos y también poemas como los reunidos en el presente libro.

Esta *missa* que Merlino amalagma con el amor humano se celebra a pie, o si se prefiere, en un espacio donde no ejerce presión la rígida disciplina, felizmente plebeyo, atiborrado de pasiones y constante y metódico en el placer. Queda así dispuesto un servicio íntimo, sin estatutos, cuyo celebrante bien podría ser un *desultor amoris* al estilo de Ovidio, reclinado en los brazos afortunados de otro, de guardia la noche entera. Y así, a partir de la verdad de esta experiencia, las tensiones que forman el tejido general de la humanidad imponen aquí sus leyes y etapas, resumidas de acuerdo con la paradoja de Heráclito: «vivimos de muerte, morimos de vida».

Ligada con todo ello, el poeta nos muestra una visión del mundo como posibilidad que remite a tres órdenes separados pero complementarios: el real, el simbólico y el imaginario. Sin desdeñar guiños de alta cultura, Merlino se detiene frente a la continua transformación, frente a los flujos y reflujos de la diferencia y la otredad, y construye su obra estética en la región más caudalosa, a partir de un repertorio inagotable de situaciones transitorias (la exuberancia, las imágenes, lo obsceno del amor).

A partir de ahí, un tema que vuelve en estos versos es el deseo y su posible contorno, lúcidamente aclarado por el autor en su epílogo («si alguien preguntase ¿Amor?, la res-